



Capítulo 509: Las reinas demoníacas se unen

El infierno se estaba dividiendo en dos fuerzas opuestas.

Por un lado, el fuego eterno del Fénix, ardiendo como si el sol mismo hubiera caído del cielo.

Por otro lado, el frío glacial del Dragón Azul, un aliento congelado capaz de extinguir toda vida.

Y entre ellos estaban Zafiro y Stella.

Ambos jadeaban, con sus cuerpos marcados por llamas y hielo, pero ninguno de sus ojos delataba rendición alguna. Al contrario: había una chispa peligrosa, casi lúdica, en cada mirada.

La batalla se reanudó con violencia.

El Fénix se sumergió en una espiral en llamas, con sus alas encendiendo todo a su paso. Stella levantó los brazos, provocando ráfagas de viento cortante que se estrellaron contra las llamas. El enfrentamiento creó una tormenta incandescente, fuego y viento entrelazados en un caos incontrolable.

Por otro lado, el Dragón Azul abrió sus fauces, liberando un aliento helado que congeló incluso el aire. Zafiro se lanzó hacia adelante, lanza en mano, girando en espirales rojas. Cada rotación creaba llamas carmesí que chocaban frontalmente con el hielo.



El impacto fue catastrófico.

La colisión del fuego y el hielo agrietó el firmamento, transformando el cielo en fragmentos que parecían vidrios que caían. Las llamas estallaron en ráfagas, mientras que stalagmitas de hielo aparecieron de la nada, creciendo como lanzas asesinas.

Zafiro avanzó hacia el dragón, cortando las estacas heladas con poderosos golpes. Su cuerpo ardía y cada paso dejaba rastros de fuego.

Mientras tanto, Stella fue arrastrada por la furia del Fénix. El pájaro batió sus alas y cada movimiento creó ciclones de llamas. Stella, sin embargo, sonrió. Sus vientos bailaban en remolinos que la envolvían, permitiéndole deslizarse a través del fuego con movimientos casi imposibles.

Con cada giro, cada esquiva, sus briznas de viento atravesaban el cuerpo en llamas del Fénix, creando destellos incandescentes que se cerraban rápidamente.

El cielo se convirtió en un campo de batalla infundado. No había ningún lugar donde mirar sin quedar envuelto por el fuego o el hielo.

Zafiro sintió que le hervía la sangre.

Stella sintió que su corazón se aceleraba como nunca antes.

Pero entonces sucedió algo extraño.



En el apogeo de la batalla, Zafiro retrocedió ante un golpe del dragón. Aterrizó sobre una roca flotante, con el cuerpo agitado. Sus llamas eran inestables. Por primera vez se dio cuenta de que algo andaba mal.

Sus llamas... eran más débiles.

Ella levantó la mano y el fuego que debería haber estallado en llamas carmesí se apagó. Era como si algo estuviera chupando la esencia de su poder, drenando el calor directamente de su alma.

El Dragón Azul rugió. Su aliento helado parecía alimentarse de él.

"Mierda..." Zafiro gruñó, con los ojos entrecerrados.

Al otro lado, Stella cayó de rodillas en una columna de aire inestable. Sus alas de viento flaquéaron y los torbellinos que la protegían se desmoronaron.



Intentó levantar los brazos de nuevo, pero el aire... el aire no respondió.

Era como si el Fénix hubiera dominado el elemento mismo, tomando posesión de lo que Stella comandaba.

"No..." susurró, mirando las llamas doradas que ardían sobre ella. "Este fuego está devorando mis vientos..."

Por un instante, el tiempo pareció congelarse.

Sapphire y Stella se quedaron quietos, jadeando, con sus cuerpos palpitando de dolor, mirando a sus enemigos como si el infierno mismo se hubiera derrumbado en silencio.



Luego se miraron a los ojos.

Entre el rugido del Dragón Azul y el grito del Fénix, surgió un momento de complicidad. Un silencio extraño, cargado de comprensión, como si la misma idea se les hubiera ocurrido a ambos al mismo tiempo.

Zafiro fue el primero en sonreír —una sonrisa torcida y feroz, llena de furia... y emoción.

Stella lo devolvió con algo aún más retorcido, una risa que no pertenecía a los mortales, un deleite cruel que sólo una criatura demoníaca podía devolver.

En ese momento, sin necesidad de palabras, ambos pensaron lo mismo.

El aire vibró, sus cuerpos temblaron de energía y en el instante siguiente desaparecieron.

Un destello rojo dividió el cielo.

Zafiro apareció ante el Dragón Azul como una estrella en llamas, cada fibra de su cuerpo envuelta en llamas carmesí. Sus ojos ardían de odio y la lanza en sus manos pulsaba como si fuera una extensión de su alma misma.

Ella apuntó el arma directamente a la bestia. Las llamas que la envolvían crepitaron y explotaron como si el infierno mismo la hubiera coronado. "Tú y yo", gruñó, con voz firme, loca, vibrando entre las grietas de la realidad.

El dragón respondió con un rugido que destrozó el espacio. El aire se congeló en un instante, fisuras azules atravesando el cielo como espadas. Los ojos



cristalinos de la criatura reflejaban un desprecio absoluto, como si el zafiro no fuera más que ceniza en el viento.

Pero Zafiro no dio marcha atrás. Ella avanzó.

Por otro lado, el mundo estaba envuelto en un torbellino. Stella se disolvió en los vientos penetrantes y reapareció ante el Fénix, las llamas doradas de la criatura iluminaban cada contorno de su cuerpo exhausto. El calor era abrumador, un muro que debería haberla consumido viva.

Pero Stella no tembló. Inclinó ligeramente la cabeza, como si saludara a un adversario digno.

"Hola", dijo, casi divertida, como si estuviera a punto de bailar.

El Fénix respondió extendiendo sus alas. El cielo se convirtió en un sol en erupción, con plumas en llamas cayendo como meteoritos.

Stella levantó los brazos. Y por primera vez desde que comenzó la pelea, los vientos realmente respondieron. No eran libres como antes; eran pesados, peleados, pero palpitan con su voluntad. Torbellinos invisibles se agolpaban a su alrededor, briznas de aire que chocaban con el fuego, cortando el calor con violencia.

Y así, el campo de batalla se dividió en dos.

Por un lado, Zafiro contra el Dragón Azul.

Por otro lado, Stella contra Phoenix.



Dos duelos imposibles.

Cada impacto parecía el fin del mundo.

Zafiro avanzó como un cometa furioso, su lanza partió las escamas del dragón con golpes devastadores. Cada empuje prendió fuego al hielo y cada corte explotó en fragmentos que cayeron como vidrios rotos de un espejo celeste. El dragón rugió en respuesta, cortando con garras colosales, levantando paredes de hielo que se elevaban como montañas instantáneas— y Zafiro las bombardeó con fuego vivo.

Fue pura brutalidad: llama contra hielo, furia contra furia.

Mientras tanto, Stella bailaba en la tormenta. El fuego dorado del Fénix descendía en torrentes incandescentes, ondas solares que lo devoraban todo. Pero Stella giraba entre ellos como una espada viviente, sus vientos se retorcían en formas casi invisibles, cortando las llamas en líneas mortales. Cada movimiento del ala del pájaro incendió el mundo; cada movimiento de Stella provocó que el fuego se dividiera en explosiones aún más violentas.

Fue velocidad contra velocidad. Un espectáculo de belleza asesina, una danza en la que cada error costaría la vida.

El cielo ya no existía.

Sólo había fuego, hielo, viento y sangre.